

a la inteligencia de que estamos frente a un misterio y que podemos invocarlo y relacionarnos con él. Así, este libro se nos ofrece como un valioso regalo para el diálogo interreligioso, donde se nos permite penetrar en los nombres de Dios en el islam y, gracias a ello, disponernos al necesario entendimiento, puesto que es precisamente la inteligencia de lo divino un punto de partida que nos une.

En la obra de Steindl-Rast, a cada nombre le sigue una meditación que nos permite ahondar en su significado y transitar del nombrar a Dios a dejar que Dios nos hable a través de ese nombre. Las meditaciones no están hechas exclusivamente para personas de fe cristiana, sino que para un público amplio y dispuesto a penetrar en aquel “misterio único sin nombre que nos une”. Son meditaciones de gran profundidad y conocimiento, donde el autor se deja apoyar por diversos pensadores y poetas de lengua alemana, como Nicolás de Cusa, Rainer Maria Rilke, Friedrich Nietzsche o Joseph von Eichendorff, donde la poesía aparece como complemento perfecto para la tarea de nombrar aquello que no es posible captar conceptualmente.

Cada meditación concluye con una serie de preguntas e invitaciones destinadas al descubrimiento de Dios en la propia vida.

Una cualidad de este libro de meditaciones que no pasa desapercibida es su belleza, lo que lo hace aún más valioso. Cada nombre va acompañado de magistrales caligrafías islámicas realizadas por Shams Anwari-Alhosseyni, gracias a las cuales se puede contemplar el mensaje también en los signos gráficos.

Sofía Brahm

Por una Educación Pública, Laica y Gratuita. La mirada de un ciudadano creyente

Tomás Scherz

Ediciones UC/Centro UC de Estudios de Políticas y Prácticas en Educación (CEPPE)
Santiago, 2022

38 págs.



Este breve ensayo es una reedición de un texto escrito en 2014 por el presbítero Tomás Scherz cuando fuera Vicario para la Educación del Arzobispado de Santiago, actualmente revisado en una segunda edición por quien ocupa el cargo de Vice-Gran Canciller de la Pontificia Universidad Católica de Chile. En este ensayo se toman literalmente las demandas que surgieron en las movilizaciones estudiantiles de 2011 y que tras una década han llevado a sus principales líderes a las más altas tareas del gobierno de la nación. Estas demandas se engloban en la consigna de una educación pública, laica, gratuita y de calidad.

¿Qué debe entenderse por una educación laica? “Los cristianos –dice Scherz– creemos... en una educación laica en el sentido que abraza el pluralismo de las distintas concepciones del bien, sin buscar

imponer ninguna de ellas” (p. 13). Por esta misma razón una educación laica no puede ser no religiosa o antirreligiosa, ni se puede invocar la neutralidad religiosa del Estado para despreciar el cultivo de las religiones como sucede con la interpretación, por desgracia muy común, del laicismo estatal. La educación religiosa es en muchos sentidos el garante del pluralismo educacional que desaparece rápidamente en aquellos lugares en que la educación es un monopolio estatal.

¿Deberíamos los católicos renunciar a una educación pública? “La Iglesia, como concedora de la humanidad y de sí misma, sabe muy bien el poder del egoísmo y la codicia que podría haber desde la iniciativa privada” (21). Pero también existe mucha iniciativa privada que no se orienta por el afán de lucro y en ello las instituciones educativas de la Iglesia han llevado la delantera y han mostrado un ejemplo que se extiende por varios siglos. Privar a las personas y las instituciones de aportar verdaderamente al bien común bajo el pretexto de que solo el Estado puede hacerlo legítimamente es una equivocación también muy extendida. La confusión entre lo público y lo estatal conduce a ignorar

y desperdiciar el enorme depósito de generosidad y solidaridad que se alberga en las personas y organizaciones que actúan al margen de cualquier directriz o contrato estatal, y que en muchos sentidos constituyen la espina dorsal de una sociedad civil sana y robusta.

Esto mismo conecta con el deber de gratuidad que debe traspasar todo el proceso educativo. Es sabido que la educación tiene un valor económico, sobre todo la educación universitaria, y también debe reconocerse que ese valor se apropia privadamente. Pero salvo excepciones, nadie ha querido reducir el proceso educativo a la transmisión de habilidades laborales y el aumento de la productividad. La educación católica, como muchas otras formas educativas, ha dado amplio testimonio de su capacidad de formar personas con un horizonte de vida que trasciende la utilidad del saber y la economía del conocimiento.

Los católicos podemos perfectamente estar a favor de una educación laica, pública y gratuita: tal es el mensaje del padre Scherz en este lúcido ensayo que recoge con orgullo la mejor tradición de la educación católica en nuestro país.

Eduardo Valenzuela